

TECNICA Y ATEISMO

M. TEJERA S. I.

Con frecuencia se afirma que estamos en una nueva era: época atómica, época espacial, o era técnica.

La técnica es tan antigua como el hombre. La lucha del hombre por el progreso ha sido una victoria pausada y continúa con las armas de la técnica. Pero el fenómeno técnico reviste hoy caracteres que fueron insospechados para los hombres de siglos atrás. El hombre ha llegado a un dominio sobre la materia y la ha convertido en trono de su inteligencia. Aquella primera vocación de Dios, "poblad la tierra y sojuzgadla", ha ido madurando con la historia humana.

El dominio de la técnica ha hecho posible una liberación progresiva de trabajos menos apropiados a la dignidad del hombre. Se ha creado un nuevo humanismo: el humanismo técnico. Pero ese humanismo aparece mutilado. Ha habido un estancamiento o, mejor, un retroceso en la dimensión espiritual del hombre. Los últimos Papas lo han advertido repetidamente y la literatura sobre el tema es abundante.

El mundo técnico de hoy es un mundo que se construye de espaldas a Dios. Aquella primera vocación de Dios ha derivado en una vocación humana. Como en toda la historia, el orgullo está junto al hombre, y se ha construido una nueva torre de Babel en la que el hombre ha fijado con seguridad su vida. El paraíso terrenal no es solamente un programa comunista. Es la meta del mundo occidental, de todo este mundo técnico en que vivimos.

Es un hecho la desacralización allá donde la técnica penetra. Cuando el hombre vive al contacto con la naturaleza es más fácil percibir la acción de Dios. Ha sido precisamente el contacto con la naturaleza el que ha llevado al hombre primitivo a la búsqueda y al encuentro de Dios. Por eso Marx afirmaba que la religión nació en este encuentro del hombre primitivo con una naturaleza a la que no podía dominar. En la enfermedad, en la sequía, en cualquier necesidad material el hombre ha acudido siempre a Dios como remedio de sus males. Hoy hay medicinas eficaces, la lluvia artificial será posible en breve; el hombre tiene en sus manos la solución a muchos problemas. En el mundo técnico el hombre se encuentra a sí mismo. Dios está ausente de ese mundo creado por el hombre. En nuestros pueblos occidentales es fácil observar cómo la idea de Dios se olvida y difumina en la misma proporción en que penetra la técnica. El hombre del campo y de la aldea conserva más su espíritu religioso que el hombre de la industria y de la ciudad.

Y, sin embargo, la técnica no se opone a Dios. Si Dios está ausente es porque está ausente del corazón del hombre. ¿Cuál es la causa del apartamiento de Dios del hombre técnico?

Hemos dicho que el orgullo es compañero inseparable del hombre. Ante su dominio sobre las cosas, el hombre siente una gran confianza en sí mismo. Señor de la tierra y los espacios, el hombre se basta para hacer progresar su vida sobre la tierra. Los grandes secretos de la ciencia abren su corazón

al hombre. Y ante este conocimiento, cada vez más profundo, de la naturaleza se pierde el sentido del misterio. Quizá ese orgullo sea más agudo en la conciencia popular, que en la conciencia del científico y del técnico profesional. El hombre de ciencia conoce el progreso, pero sabe también y experimenta que su inteligencia es limitada y que sólo después de muchas tentativas consigue su objetivo. El hombre popular disfruta del progreso que otros han hecho posible con la ciencia y su aplicación. Sólo ve que el poder y el dominio del hombre crece cada día.

Por otro lado, la vida moderna impone cada vez más exigencias. En su creciente progreso, el hombre busca lo eficaz. Hay un auténtico culto a la eficacia. Todo lo que no rinda dinero, para nada vale. El que está en la miseria y en la pobreza, lucha por liberarse de ella. El que está situado procura situarse más aún. Y para ello se busca el medio más eficaz, el que nos brinda la técnica más moderna. Hay una creciente superación en eficacia. La técnica absorbe al hombre. No hay tiempo para ocuparse de Dios, para dar culto a Dios. Interesa más el culto a la eficacia, porque ahí está la clave del progreso.

Ese culto a la eficacia se encamina hacia un fin: el paraíso terrestre. El hombre ha asentado con firmeza sus pies sobre la tierra. Cada vez habrá menos sudor en su frente para ganar el pan. La medicina amplía sus fronteras en el terreno del dolor. Y el hombre se siente seguro y feliz en esta tierra que posee con su inteligencia superior. No preocupa el problema del más allá porque todo el afán está en el de acá. Es la nueva *herejía* contra la *parusía*.

En este mundo técnico, basado sobre una ciencia, la pregunta sobre Dios no se plantea. No hace falta. La vida

se vive mientras se tiene. Y nada más. La técnica emplea el dato de la ciencia. La ciencia se queda en lo empírico, sin una pregunta ulterior. Se cierra a la metafísica. Y con ello queda también cerrado el paso hacia Dios.

Otro fenómeno del mundo técnico que tiene su repercusión en lo religioso, es la vida nómada. El hombre de hoy se desplaza continuamente. Desplazamientos frecuentemente inestables. Miles de hombres abandonan el campo, su región y aun su patria en busca de dinero y trabajo. Es el paso a un mundo nuevo que deslumbra por su bienestar material. Y surge la crisis del espíritu. Y esos hombres se encuentran solos, sin formación, ante el brillo de ese mundo nuevo. Y se olvidan también de Dios. Nomadismo del pobre. Y nomadismo también del hombre socialmente situado. Porque la vida no se circunscribe a una ciudad ni a una región.

Uno de los elementos más característicos del mundo moderno es la propaganda. La libertad, santuario del hombre, está profanada por una propaganda desmedida de la que es muy difícil liberarse. Radio, cine, prensa y TV vienen manejados por una ideología frecuentemente ajenas a Dios y a la vida del espíritu.

He aquí nuestro mundo técnico que se construye de espaldas a Dios. No es un mundo que niegue a Dios. Es un mundo que no necesita de El. Dios no es problema, porque no hay tiempo para ocuparse de El. Sin embargo nuestra civilización es hija de una cultura cristiana. Los mentores de la ciencia y de la técnica son países donde el cristianismo arraigado con fuerza.

El hombre de hoy ha de llegar al reencuentro con Dios. Como señala la Constitución "Gaudium et spes" del Concilio Vaticano II, los cristianos somos en gran parte responsables de que

muchos hombres se aparten y olviden a Dios. Hemos hecho una caricatura de la Iglesia y de la doctrina de Cristo. El mensaje de Jesús se sintetiza en dos puntos: nos enseñó a amar a Dios como Padre, y nos exhortó a amarnos como hermanos. En este mundo nuevo en que vivimos el olvido de Dios cierra el paso al primer mandamiento de Jesús. Pero el hombre tiene corazón. La técnica está al servicio de la humanidad. Y el hombre usa de la técnica en provecho propio y de los demás. Caminamos hacia un mundo sin fronteras en que los hombres se tenderán las manos para estrecharlas en una misma vocación. Vamos hacia la unión y el amor. Y en el amor se dará el paso hacia la transcendencia. Dios es Amor y a Dios lo encontraremos en el amor. Es aquí donde los cristianos desfiguramos el rostro de la Iglesia, punto de cita del amor de todos en Cristo Jesús.

El cristianismo es una religión de encarnación. Jesús quiere el progreso humano. Y el hombre técnico trabaja por un mundo mejor. Un mundo en que la persona viva con la dignidad que merece. Esa dignidad que nosotros sabemos que consiste en ser imagen de Dios. Si el hombre de otros tiempos tenía que volverse a Dios ante la enfermedad, la sequía o la tormenta, el hombre moderno debe saber que gracias a la vocación de señor que ha recibido de Dios domina a la enfermedad, la sequía y la tormenta. Si no

busca a Dios en la naturaleza lo ha de encontrar en sí mismo, en el hombre, creado a imagen de Dios.

El humanismo técnico nos ha recordado nuestra vocación de dominadores, de semejantes a Dios. El cristianismo no se opone al progreso. Pero junto al progreso terreno, horizontal, debe haber un progreso ascendente hacia Dios. No trabajamos para levantar un paraíso en la tierra. Cristo vino para llevarnos a Dios. Se hizo carne de nuestra carne, "puso su tienda entre nosotros". Y el hombre, espíritu y materia, quedó convertido en hijo de Dios. La materia ha sido divinizada en nuestra carne. Al final de los tiempos Cristo vendrá de nuevo y serán creados "nuevos cielos y nueva tierra". No habrá destrucción de la materia sino transformación en la nueva creación.

Nuestro mundo técnico no está lejos de Dios, porque camina hacia el amor y exalta la dignidad del hombre, imagen de Dios. El cristiano ha de trabajar porque no quede atrofiada la dimensión espiritual del hombre. Ha de saber y ha de inculcar que a través de este mundo caminamos hacia Dios. Y que cumpliendo con su vocación de señor llegará al encuentro definitivo con el que es auténticamente Señor. "Porque todas las cosas son vuestras, vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios" (1 Cor 3,23).